

AMELIA DE DIOS

LO QUE NADIE  
SOSPECHA

Libros de  
*seda*



*El aire azotaba los vidrios del balcón; el agua de la  
fuente lejana caía y caía con un rumor eterno y  
monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las  
ráfagas de aire, y las campanas de la ciudad de Soria,  
unas cerca, otras distantes, doblan tristemente por las  
ánimas de los difuntos.*

*El monte de las ánimas, GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER*



2012

**E**stoy mirando una reproducción de *La noche estrellada* de Van Gogh. Ante mis ojos, los azules del cuadro que tan bien conozco se tiñen de rojo, naranja y negro. En el cielo, los remolinos de la noche ya no rodean a las estrellas, sino que se transforman en torbellinos de ascuas que el viento arrastra. Una emoción extraña se me forma en la boca del estómago, una especie de expectativa incómoda, tal vez nostalgia... ¿Angustia?

Un ruido, al principio distante e indefinido, se hace más molesto a medida que se acerca. La conciencia va retomando las riendas de mi percepción: mi cuerpo reposa sobre el colchón, la cabeza sobre la almohada, la tela polar del pijama me roza la piel.

Estaba soñando. Con los años he aprendido a no tratar de interpretar cada sueño extraño. Intento volver a perderme en los brazos de Morfeo.

En la bruma del duermevela identifico los insistentes ladridos que me han despertado. Junto a mi cama, *Trasto* se obstina en espabilarme del todo.

—¡Calla, pesado! —Le lanzo la almohada y me cubro la cara con la sábana—. Me niego a aceptar que sea ya la hora de levantarse. Estoy demasiado cansada. La alarma, puesta para las seis y media, no ha sonado aún—. ¡Déjame en paz!



¿Es demasiado pedirle que se aguante las ganas de salir hasta que suene el despertador?

*Trasto* sigue ladrando.

—¡Arghhh! —gruño.

Giro la cabeza y con esfuerzo abro un ojo. Sobre la mesita de noche, el reloj marca las 02.17. Apenas tres horas desde que me acosté. Cada vez más histérico, *Trasto* muerde y tira de la colcha, me destapa. Si no lo quisiese tanto, le retorcería el pescuezo. *Trasto* es un perrito blanco, un westie que hace unos meses me regaló doña Fiona, la escocesa excéntrica que en su juventud, durante un viaje de estudios en España, se enamoró de don Urbano, el hoy cacique del pueblo, se vino a vivir a Soria y le compró a su marido el aserradero más grande de la región. El mismo donde trabajó mi padre hasta su muerte. Pensar en él es la gota que falta para aceptar que no voy a volver a conciliar el sueño.

Me incorporo con esfuerzo.

—¡¿Qué demonios te pasa, chucho del demon...!?!? —No he terminado la frase cuando un fuerte olor a quemado me llena las fosas nasales.

Salto de la cama y, sin ponerme bata ni zapatillas, abro la puerta y salgo de la habitación. El humo viene de abajo. Me asomo a la barandilla: una oscilante luz naranja ilumina el pasillo de la planta inferior.

Bajo las escaleras de tres en tres, saco el extintor del armarito del recibidor, entro en la cocina. El fuego está trepando por las cortinas de la ventana.

—¡Mierda! —Apunto a las llamas al tiempo que con la mirada busco algún aparato eléctrico cuyo cortocircuito haya podido generar este incendio. Sin parar de ladrar, *Trasto* sale corriendo por la puerta trasera, abierta de par en par.





«Siempre se me olvida cerrarla con llave», pienso mientras voy consiguiendo apagar el fuego. «Aunque, desde luego, nunca la dejo abierta así».

Una señal de alarma se forma en un rincón de mi mente. La descarto porque, en estas circunstancias, soy incapaz de procesarla.

El fuego cede bajo la espuma blanca del extintor. Aliviada, doy gracias a *Trasto* por haberme despertado a tiempo.

Entonces oigo los relinchos a lo lejos. Me acerco a la ventana, las llamas devoran el tejado del establo.

—¡Dios mío! —Me olvido de la cocina, me precipito afuera y corro a las cuadras. No llevo abrigo ni zapatos, siento el frío de la noche y sufro las agresiones del rugoso suelo. No importa, tengo que salvar a los diez caballos que desde la semana pasada duermen en las caballerizas recién acabadas.

De reojo veo arder otras construcciones a ambos lados de mi camino y mientras sigo corriendo me digo que el incendio ha sido provocado. Entro en el establo. Una ráfaga de calor insoponible me abofetea la cara.

—¡Fuera! ¡Fuera! —grito según voy descorriendo los cerrojos y liberando a los pobres animales, que relinchan y se agitan desesperados.

Una brasa me cae en el hombro. Me quejo sin dejar de abrir los boxes, sin detenerme. No hay tiempo. El techo se ha convertido en una bóveda ardiente que amenaza con derrumbarse en cualquier instante.

El último caballo abandona por fin el lugar esquivando las ascuas y en su huida casi aplasta a *Trasto*, que sigue ladrando e incitándome a salir. Tan rápido como puedo, dejo el lugar. Apenas pongo el pie fuera, la estructura de madera se hunde tras de mí en un estruendo ensordecedor.





Tropiezo, pierdo el equilibrio y caigo al suelo. Aturdida, contemplo la escena ante mis ojos: el rugido del fuego engullendo el edificio que hace apenas unas horas lucía tan nuevo... Un millón de ascuas llenan el cielo de remolinos incandescentes... Como el cuadro de Van Gogh que vi dormida. De repente, el sueño cobra matices premonitorios.

Premoniciones, de bien poco han servido en esta ocasión. Presentimientos, presagios y mensajes del más allá..., ¿alguna vez han hecho algo más que complicarme la vida?

A modo de respuesta, suelto un suspiro cansado y profundo. Empiezo a toser: el violento ataque de tos rompe el hilo de mis reflexiones e impide que me levante. Mis pulmones quieren expulsar todo el humo que no era consciente de haber tragado.

Asustado por las sacudidas contra las que no puedo luchar, *Trasto* lloriquea a mi lado y trata de infundirme ánimos dándome lametones. Cuando por fin dejo de toser, me siento física y moralmente agotada. Dejo descansar el peso de mi cuerpo sobre la tierra. Empiezo a tiritar. Aunque estemos a principios de mayo, las noches sorianas siguen siendo gélidas.

Antes de volver a casa, recorro con la vista el recinto turístico sobre el que, hasta hace unos minutos, iba a levantarse mi futuro.

«Lo he perdido todo», las palabras suenan casi inaudibles y traducen exactamente el desconsuelo que siento.

Además de las cuadras que se acaban de derrumbar, el fuego consume cuatro de los ocho edificios de madera recién construidos: el picadero, el cenador y dos de las cuatro cabañas donde iban a hospedarse mis huéspedes. La casa de madera en la que se encuentran el *jacuzzi* y la sauna parece indemne... «Un lugar para relajarse entre las cenizas y meditar sobre el negro





porvenir que me espera», la idea me cruza la mente y me arranca una mueca.

—¡Malditos pirómanos! ¡Hijos de puta!

Cuando el telediario menciona los incendios provocados que año tras año se repiten en toda la Península, me enfado; las imágenes de terreno carbonizado me ofenden. Pero nunca me doy por aludida; nunca pienso que yo podría ser la víctima de semejante maldad.

«¿Pirómanos en mi cocina?». De haberme detenido a responder, la incoherencia de mis conclusiones se hubiese hecho evidente. La constatación del desastre es más urgente y con un lamento interno descarto la pregunta: «Lo he perdido todo».

La idea de huir, de salir corriendo y dejar todo tal cual aflora tentadora en mi mente.

—No puedo —mis labios forman las palabras sin emitir sonido alguno.

Una serie de pensamientos pesimistas e inútiles se desata incontrolada: no solo he invertido en este proyecto el dinero que me dejó mi madre y los ahorros que había ido guardando desde niña, sino que me he empeñado hasta las orejas. El banco que-rrá cobrar y le importará un bledo que lo que más me apetezca sea mandarlo todo al cuerno.

—¡Basta! —el grito, esta vez sonoro, interrumpe mis estériles lamentaciones.

De poco me va a servir regodearme en mi suerte y adoptar una actitud victimista. Tengo que llamar a los bomberos.

¿Para qué?, ¿qué les queda por salvar? Me llevo las manos a los bolsillos del pantalón y recuerdo que estoy en pijama. Me he dejado el móvil en casa. La inauguración era dentro de dos semanas. Ahora tendré que retrasarla... O anularla directamente. Sería lo mejor.





«¡Reacciona!», apremia la voz pragmática dentro de mí. Lo más urgente es encontrar a los caballos y asegurarte de que este trauma no ha hecho de ellos seres asustadizos y peligrosos para los jinetes novatos.

Pensamientos constructivos, ¡ja!, para reconstruir lo que se ha quemado voy a necesitar más que el pensamiento... Una y otra vez vuelvo a la constatación de que no me queda ni dinero ni capacidad de endeudamiento. Levanto la vista y observo el caserón de piedra donde nacieron mi padre, mi abuelo, su padre, el padre de su padre... Me agacho, agarro a *Trasto* y lo abrazo.

—Si no me hubieses despertado, ni siquiera tendríamos casa donde vivir y estaríamos llorando por los pobres caballos. —El perrillo se agita y me lame la cara—. De hecho, si no me hubieses sacado de la cama, ni siquiera estaría ahora hablando contigo. —Sonrío y respondo a sus caricias—. Claro que si fueses un dóberman o un mastín, quizá hubieses podido atacar al hijo de puta que ha hecho esto.

Por primera vez se me ocurre que el responsable puede que no se haya ido aún, que siga observándome en la sombra, contemplando con deleite las consecuencias de sus actos. Entonces me yergo y, adoptando una actitud desafiante, recorro con la vista los alrededores en busca de la silueta del culpable.

—¡Pedazo de cobarde! ¡Da la cara, hijo de puta! —voceo ignorando el escalofrío que me produce pensar lo que pasaría si el incendiario respondiese a mi requerimiento.

No se ve a nadie. Quien haya hecho esto se ha ido o me vigila bien escondido. Vuelvo a tiritar, no de miedo sino de frío. Esta noche no descubriré nada y si sigo aquí me voy a congelar.

—Vamos, bonito. —Dejo a *Trasto* en el suelo y lo animo a seguirme.





Entro en casa y llamo a los bomberos. Mientras espero a que lleguen, tengo la tentación de marcar el número de Ernesto. Nuestra relación..., mejor dicho, mis sentimientos hacia él son demasiado complicados.

Al final decido que no son horas. Mañana, cuando se entere, Ernesto me llamará y me dirá que tenía que haberle avisado. Mejor así.

No consigo dormir. Extraño tanto el cariño incondicional de mi tía Inés, los silencios de mi padre, sus meditados consejos, la sabiduría de Rita, mi querida ama de llaves... Cuánto echo de menos la despreocupación de los años en que era libre de tomar mis propias decisiones. O, al menos, pensar que así era.

Durante los siguientes días, antes de conciliar el sueño, a menudo vendrá a visitarme el pasado. Al revolotear insistente en mi cabeza me obligará a repasar lo vivido, revisar con perspectiva nueva los cruces y giros que han ido moldeando mi camino y que he ido tomando hasta ser la que soy. Tanto si me gusta como si no, ese ejercicio de recuerdo e introspección hará que la noche fatídica en que perdí casi todo marque un antes y un después en mi existencia.





# ESTELA

Viernes, 24 de abril de 2009

**E**stela acababa de cumplir veinte años, era canaria y cursaba segundo año de Arqueología en la Universidad de Jaén. Hacía un par de semanas que el novio de Laura, su mejor amiga desde parvulitos y que estudiaba Periodismo en la Complutense, había roto con ella sin venir a cuento y eso la había dejado destrozada. Estela hablaba con ella casi todos los días; había notado que, en lugar de ir superando la ruptura, Laura se hundía cada día más. El lunes pasado había dejado de ir a clases por un gripazo que no tenía. Cuando el martes dejó de atender el teléfono y empezó a responder a sus wasaps con monosílabos, Estela decidió que se imponía una intervención urgente: le daría una sorpresa e iría a pasar con ella el fin de semana.

Había previsto hasta el mínimo detalle: se saltaría la última clase, tomaría el bus de las 15.30 para llegar a Madrid a las 19.15, se presentaría en el piso de su amiga —un piso que compartía con una noruega que no estaba nunca— a tiempo de sacarla para tomar algo en uno de los bares de moda. El sábado harían deporte en la Casa de Campo, se comerían un bocadillo de calamares en la plaza Mayor y por la noche saldrían a bailar hasta las tantas. El domingo se levantarían a las mil e irían a pasear y a comer por el Rastro. Aprovechando que los lunes Estela no tenía





*clase hasta las 15.30, pasaría una noche más con su amiga antes de volver a Jaén en el bus de las 9.15.*

*La organización perfecta que había planeado no contaba con que la profe de Teoría e Historia de la Arqueología le cediese su hora al de Arqueología Medieval para que les pusiera un examen inesperado: imposible hacer pellas en esas circunstancias. Por más que corrió, Estela perdió su autocar.*

*Tenía dos posibilidades (la de abandonar su proyecto y dejar que su amiga pasara sola otro fin de semana no la contemplaba): ir a la estación de trenes a ver si había un billete relativamente barato que le permitiese llegar a destino el viernes por la noche o hacer dedo. Optó por la segunda. Aunque nunca lo había hecho, muchos de sus compañeros lo practicaban a menudo. Según le habían comentado, la víspera del fin de semana era bastante fácil encontrar a alguien que se dirigiese a Madrid y a quien no le importara recoger a una autoestopista que le diese conversación durante las tres horas y media que duraba aproximadamente el viaje. El mejor lugar para hacerlo: el Palacio de Congresos.*

*No llevaba ni quince minutos instalada en la rotonda a la salida del palacio cuando un automóvil gris metalizado se detuvo a su lado.*

*—¿Hacia dónde vas? —preguntó el conductor después de bajar la ventanilla.*

*Estela lo miró un segundo —edad indeterminada, pinta respetable y rostro amable— antes de decidir que era de fiar.*

*—A Madrid, ¿y usted? —dijo devolviéndole la sonrisa.*

*—Más al norte. Aunque no pienso atravesarlo, y menos un viernes por la tarde. Si quieres te puedo dejar a las afueras, en algún lugar cerca de la M-40.*





—Con que haya tren de cercanías me desenvuelvo. Un millón de gracias —dijo al tiempo que se instalaba en el sitio del copiloto y ponía su mochila en el asiento trasero.

Las primeras dos horas pasaron sin darse cuenta. El conductor era un buen oyente y Estela le contó su vida, el mal de amores de Laura, sus planes para el fin de semana sorpresa que pensaba darle. Pararon a comer un bocadillo en una salida poco frecuentada de la carretera.

Y entonces empezó la pesadilla.

Todo ocurrió muy rápido, apenas unos minutos que a ella se le hicieron eternos... El hombre empezó a meterle mano. Estela trató de zafarse por las buenas, explicarle que se equivocaba. Hasta que la primera bofetada le rompió el labio, la hizo caer al suelo y el tipo se tiró sobre ella. La violencia repentina disparó en Estela un histerismo que nunca había experimentado: arañó a su agresor, le arrancó un mechón de cabello, le mordió el hombro. El asaltante le volvió a cruzar la cara, esta vez con la mano cerrada. El chasquido seco que acompañó la explosión de dolor hizo pensar a Estela que el puñetazo le había roto algo, quizá el pómulo. La joven intentó levantarse. El hombre la detuvo rodeando su cuello con una mano; con la otra le arrancó las bragas y se bajó la braguita. La penetró al tiempo que la estrangulaba.

Estela pensó en Laura, en el fin de semana que nunca compartirían. Antes de sucumbir a la falta de oxígeno, maldijo al destino que le jugaba esta mala pasada y se maldijo a sí misma por haber guardado sus planes en secreto: nadie conocía sus intenciones, nadie la echaría de menos.

Después dejó de existir.



Primera parte

# EL ANTES



# 1

**A**unque no lo sepa a ciencia cierta, supongo que durante generaciones mi familia fue una familia cualquiera, ni héroes ni villanos, ni nobles ni mendigos, gente corriente lidiando con las carencias de la época y el lugar que les había tocado vivir. A finales del siglo XIX, como tantos otros, mi tatarabuelo paterno, Acindino Torroba, emigró a América para hacer fortuna. En aquellas lejanas tierras trabajó duro, ahorró cuanto pudo, conoció a su mujer, tuvo a su único hijo y se quedó viudo horas más tarde. Al cabo de casi treinta años, volvió a su tierra trayendo consigo suficiente dinero para comprar un montón de campos y transformar la casita de piedra de sus antepasados en la enorme casona que yo heredaría más de un siglo después.

Aunque en aquel caserón señorial que se había construido podía haber recibido a los ilustres de la región, Acindino siempre prefirió dar cobijo a los necesitados de paso que, como él había hecho tiempo atrás, dejaron sus hogares huyendo de situaciones difíciles o buscando una vida mejor. Y es que, a pesar de su nueva situación, mi tatarabuelo nunca permitió que la tontería se le subiese a la cabeza: siguió trabajando el campo y ocupándose de sus animales hasta el último día.

Me gusta pensar que Acindino murió orgulloso de lo que había conseguido y satisfecho de lo que legaba a los suyos sin





imaginar que el mantenimiento de semejante propiedad supondría una losa sobre la espalda de sus descendientes, en especial su pobre biznieto, mi padre. ¿Cómo se le iba a ocurrir a aquel buen indiano que sus herederos carecerían por completo del ímpetu y el valor que le habían hecho emigrar, y de la capacidad de trabajo y el sentido de los negocios con los que pudo amasar una pequeña fortuna?

En lugar de conservar el capital dejado por su padre, mi bisabuelo, Anselmo Torroba, buscó el camino fácil e invirtió sin cabeza en una época en la que el contexto histórico llamaba a la prudencia. Su único hijo, al que le dio el nombre de su padre, se pulió el resto sin vergüenza ni remordimientos.

Además de ser un borracho que, a pesar de no haber dado nunca un palo al agua se creía con todos los derechos, mi abuelo Acindino fue un tirano insufrible que maltrató a su mujer desde el día siguiente a su boda.

Mi padre nunca hablaba de él, así que lo poco que conozco lo sé gracias a Rita, la empleada que entró al servicio de mis bisabuelos cuando era una cría y se ocupó de nosotros desde entonces. Aunque a Rita no le gustaba hablar mal de nadie, y menos de la familia que para todos los efectos era la suya, de vez en cuando cedía a mis insistentes preguntas.

—Tu pobre *güela se eslomaba* trabajando, en casa y el campo, *pa quel vago* de su *marío* pudiera pasarse las horas en el bar. Y encima nos trataba a batacazo —se explayó un día—. El nacimiento del señorito no lo calmó, al contrario, y más que se emborrachaba.

Según me contó Rita, en los ocho años que separaban el nacimiento de mi padre del de Inés, mi abuela sufrió un aborto, que mi abuelo le echó en cara como si lo hubiese hecho a posta. Cuando llegó el momento de traer al mundo a mi tía Inés, mi





abuela empezó a sentir las contracciones mientras araba la tierra. Se aguantó el dolor y antes de volver a casa terminó lo que estaba haciendo. Al entrar por la puerta, rompió aguas. Solo entonces le pidió a Rita que fuese a buscar al médico. El buen doctor sacó al bebé, pero no pudo hacer nada para contener la hemorragia que acabó con la vida de la madre.

—Cuando el señor volvió del bar, con la cogorza de siempre, y se encontró con lo que se encontró, maldijo a Dios por haberle *cambiao* una *mujé* sana por un *engendro inútil*, que *asín* llamó a mi Inesita —Rita, a la que nunca había visto tan indignada, siguió despotricando—. «Llévate esa cosa *pa* siempre que no quiero volver a verla», me mandó a grito *pelao*. El señorito creció aguantando borracheras y palos, y mi niña Inés a *escondías* del bestia de su padre.

Mi abuelo se rompió el cuello al caerse de un caballo cuando mi padre tenía apenas dieciséis años y las obligaciones y las deudas de un hombre mayor. El conocimiento de esta parte de mi historia es lo que me permitió desde muy joven entender y disculpar el carácter reservado y distante de mi padre, al que la vida había hecho viejo desde muy joven, a golpe de responsabilidades y tragedias.

Mis padres se conocieron en 1982. Felicidad, mi madre, era enfermera en el hospital donde Martín, mi padre, tuvo que ser operado de urgencia después de que, habiendo hecho caso omiso durante varios días de los síntomas que su cuerpo le gritaba, lo que podía haber sido una simple apendicitis se convirtiera en una peritonitis que a punto estuvo de costarle la vida.

Feli tenía veintidós años y hacía honor a su nombre: alegre, abierta, siempre dispuesta a considerar lo que le dictaban sus emociones. A los veintiséis, Martín era un hombre taciturno





cuya principal preocupación se ceñía a sacar su hogar adelante.

Demostrando que es cierto aquello de que los opuestos se atraen, y porque Feli tuvo la desfachatez de proponerlo, mis padres empezaron a salir y se enamoraron. En menos de un año, se casaron y mi madre se vino a vivir al caserón construido por mi tatarabuelo.

Feli fue aceptada de mil amores por las dos mujeres en la vida de Martín: Rita y mi tía Inés, su única hermana, una joven que, a pesar de haber nacido con síndrome de Down —o quizá por eso—, tenía un don especial para juzgar la verdadera naturaleza de las personas.

Aunque se veían escasas horas al día, durante los primeros tiempos la pareja fue totalmente feliz. Mi madre siguió ejerciendo como enfermera y, para que los cincuenta kilómetros que separaban el hospital de su nuevo hogar no la obligasen a renunciar a su profesión, mi padre le regaló un coche de segunda mano. Los horarios de trabajo de Martín no cambiaron: de siete a dos en el aserradero y las tardes enteras ocupándose de las tierras y los animales. Sin embargo, su carácter y su humor se hicieron más ligeros; aprendió a disfrutar de los escasos momentos de asueto de los que disponía, a expresar de forma más abierta sus sentimientos y hasta a bromear. Rita decía que lo más gracioso no eran los chistes, sino la manera en que los contaba, empezando por el final o dejando a su público en ascuas porque no se acordaba de cómo terminaban.

Feli se quedó embarazada meses después de casarse. La buena nueva fue acogida con entusiasmo por todos, menos por su marido. Martín estaba locamente enamorado de su mujer y la idea de tener hijos con ella era lo que más deseaba; pero al mismo tiempo le horrorizaba perderla, víctima de la maldición que estaba





convencido pesaba sobre los Torroba: al menos tres generaciones de mujeres de su familia habían fallecido dando a luz.

Cuando consiguió que su marido le confesase por qué no se había alegrado como esperaba del embarazo, mi madre no paró hasta convencerlo de que sus miedos eran infundados. Por fortuna, morir de parto se había convertido en algo por completo excepcional, y más aun disponiendo de los medios con los que contaría ella, enfermera en un hospital moderno inaugurado dos años atrás.

A medida que el embarazo fue avanzando sin complicaciones, mi padre se fue relajando. Aunque no fue capaz de espantar por completo las ideas sombrías de su cabeza, aprendió a ignorarlas y a no permitir que afectaran su estado de ánimo.

Hasta que ocurrió la tragedia.

Feli había ido a trabajar de muy buen humor. En tres días iniciaría su baja de maternidad y tenía pensado dedicar el mes escaso que le quedaba para salir de cuentas a terminar la habitación de Felicidad, Lici, como habían decidido llamar a la bebita. Al llegar al hospital, su jefa, que llevaba algunas semanas asignándole tareas que no requiriesen un gran esfuerzo físico, la puso a hacer inventario en el almacén. A la hora del almuerzo, una compañera fue a buscarla y la encontró tirada en el suelo.

Ni el ahínco y la profesionalidad del personal sanitario ni todos los medios de aquel hospital fueron capaces de salvar a su compañera. Aunque el médico no declarase oficialmente la hora de su muerte hasta segundos después de nacer yo, cuando por cesárea me extrajeron del cuerpo de mi madre, ella había dejado de existir.

Al llegar Martín, su mujer ya había fallecido. El pobre hombre solo podía pensar en que no se había despedido de su amada. Le daba igual que el bebé hubiese nacido y luchara por su vida en la incubadora.





Mi padre no se preocupó por mí ni el día de mi nacimiento, ni los días que pasé en cuidados intensivos, ni las semanas necesarias para que me diesen el alta. Cada mañana, mi tía Inés y Rita tomaban el autobús al hospital para estar conmigo. Martín me vio por primera vez cuando fue a buscarme con su hermana para traerme a casa.

Yo no conocí a mi madre ni al hombre feliz que, según me contaron, había sido mi padre mientras estuvo casado con ella. Sintiéndose culpable por no haber hecho caso a sus acertados temores, e incapaz de superar la pérdida de su alma gemela, Martín se replegó por completo en sí mismo.

No me quejo. A pesar de su dolor, Martín siempre trató de ser un buen padre, proveyendo y estando presente en los momentos importantes de mi vida. Por mucho que lo intentó, nunca supo expresar su cariño con gestos o palabras, y yo tampoco se lo pedí.

Pienso en él y recuerdo al hombre retraído y melancólico que prestaba atención a todo lo que le contaba, pero que jamás me decía lo que le pasaba por dentro. Las únicas veces en que vi iluminarse su mirada fue en las raras ocasiones en que conseguí hacerle hablar de mi madre.

Mi padre gozó de buena salud quizá gracias al duro trabajo que siempre llevó a cabo sin quejarse. Una tarde, mientras trabajaba con el tractor, sufrió un infarto fulminante que se lo llevó en el acto. Acababa de cumplir cincuenta y seis años.

Por aquel entonces yo vivía en Madrid y venía a Soria a pasar la Navidad y alguna que otra semana en verano. Lo primero que pensé al recibir la noticia es que su corazón no fue capaz de soportar un día más la ausencia de mi madre y que por fin había ido a encontrarse con ella.

